

SVETLANA ALEKSIÉVICH

EL FIN DEL
«HOMO SOVIETICUS»

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE JORGE FERRER

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *конец красного человека*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2013 by Svetlana Aleksievich
© de la traducción, 2015 by Jorge Ferrer Díaz
© de la ilustración de la cubierta, by Andrei Liankevich
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16011-84-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 26 807-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *diciembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Apuntes de una cómplice 9

PRIMERA PARTE

EL CONSUELO DEL APOCALIPSIS

DIEZ HISTORIAS EN UN INTERIOR ROJO

<i>El rumor de la calle y las conversaciones en la cocina (1991-2001)</i>	23
De la belleza de las dictaduras y el misterio de una mariposa atrapada en un bloque de cemento	51
De hermanos y hermanas, de verdugos y víctimas... y del electorado	103
De los susurros y los gritos... y del entusiasmo	119
De un solitario mariscal rojo y de los tres días de una revolución caída en el olvido	141
De los recuerdos como limosnas y del deseo ardiente de encontrar un sentido	191
De otra Biblia y otros creyentes	222
De la crueldad de las llamas y la ascensión que salva	250
De la dulzura del sufrimiento y los trucos de los que es capaz el espíritu ruso	281
De una época en la que todos los que mataban creían estar sirviendo a Dios	318
De un pequeño gallardete rojo y la sonrisa de un hacha	335

SEGUNDA PARTE
EL ENCANTO DEL VACÍO
DIEZ HISTORIAS EN MEDIO DE NINGUNA PARTE

<i>El rumor de la calle y las conversaciones en la cocina (2002-2012)</i>	387
De Romeo y Julieta... aunque en esta historia se llamen Margarita y Abulfaz	407
De hombres que se transformaron inmediatamente después del comunismo	427
De una soledad muy parecida a la felicidad	451
Del deseo de matarlos a todos y del horror que produce después haberlo deseado	470
De una anciana con trenza y una joven hermosa	492
Del dolor ajeno que Dios ha colocado en el umbral de la casa	524
De lo perra que es la vida y de cien gramos de una arenilla guardada en un florero blanco	543
De los muertos que no le hacen ascos a nada y del silencio del polvo	558
De las tinieblas del mal y de «Otra vida que podría salir de ésta»	588
Del coraje y lo que le sigue...	616
<i>Comentarios de una mujer ordinaria</i>	637
<i>Cronología</i>	639

EL RUMOR DE LA CALLE
Y LAS CONVERSACIONES EN LA COCINA¹
(1991-2001)

*A propósito de Iván el Simplón
y el pececillo dorado*

¿Que qué he sacado en limpio de todo esto? He comprendido que los héroes de una época raramente lo son en otra época distinta. Con la excepción de Iván, el Simplón, y Emelián, los héroes por antonomasia de los cuentos populares rusos. Nuestros cuentos tratan de los golpes de suerte, de los raros instantes en que a alguien le sonríe la fortuna. De personas que esperan que se produzca un milagro y les llene el estómago sin el menor esfuerzo, mientras están tumbados junto a la estufa. De un mundo donde les sean concedidos todos los deseos, donde los *blinis* se cuezan solos y un pececillo dorado haga realidad todos sus anhelos. ¡Quiero una hermosa princesa para mí solito! Y quiero vivir en otro reino, lleno de ríos de leche con las orillas de mermelada. No cabe duda de que somos unos soñadores. Nuestra alma pena y sufre, pero los negocios no marchan, porque no nos alcanza la energía para conducirlos. Nada prospera. Ay, la misteriosa alma rusa... Todos se esfuerzan por comprenderla, buscan desentrañar su esencia en las novelas de Dostoievski. «¿Qué hay detrás del alma rusa?», se preguntan todos. No es más que un alma: nos gusta charlar en las cocinas, leer libros. La lectura es nuestra ocupación favorita. Y también nos gusta ser espectadores. Y, además, jamás nos abandona la sensación de ser especiales y excepcionales, aunque esa idea no

¹ De ahora en adelante, los textos en cursiva son intervenciones de Svetlana Aleksíevich, y los textos en redonda, las de sus testimonios. El signo • entre párrafos indica un cambio de persona. (*N. del E.*).

tenga más fundamento que las reservas de petróleo y gas que esconde nuestro suelo. Ello, por una parte, conspira contra la posibilidad de un cambio en nuestras vidas, mientras que, por otra, las dota de cierto sentido. La idea de que Rusia debe crear algo extraordinario y mostrarlo al mundo jamás nos abandona. La convicción de ser el pueblo elegido. La idea de una vía rusa, exclusivamente rusa. Estamos rodeados de Oblómov, el personaje de la novela homónima de Goncharov, tumbados en los sofás esperando un milagro. Pero nos faltan personas como Stolz. Los activos y diligentes Stolz tan denostados por haber talado el bosque de abedules o el jardincillo de cerezos para levantar en su lugar fábricas con las que amasar fortunas. Los Stolz no son de los nuestros, no...



Las cocinas rusas... Las míseras cocinas de los edificios de los años sesenta: diez o doce metros cuadrados de cocina (¡felicidad suprema!) separados del lavabo por un finísimo tabique. Una distribución típicamente soviética. En el alféizar, un tiesto con aloe para curar los resfriados y viejos botes de mayonesa llenos de cebollas encurtidas. Nuestras cocinas eran mucho más que el espacio de la casa destinado a preparar los alimentos: servían también de comedor, de salón donde recibir a las visitas, de despacho y de tribuna. Un espacio donde realizar sesiones de psicoterapia de grupo. En el siglo XIX la cultura rusa nacía en las haciendas de los nobles; en el XX, en las cocinas. También la perestroika nació en las cocinas. La generación de 1960 es la generación de las cocinas. ¡Gracias a Jruschov! Fue durante su gobierno cuando los soviéticos abandonamos los apartamentos comunales y pudimos por fin tener cocinas propias en las que criticar al poder sin temor, porque a nuestras cocinas sólo accedían los nuestros. En ellas nacían toda suerte de ideas y proyectos fantásticos. Nos contábamos chistes... ¡Era la apoteosis del humor! «Comunista es aquel que ha leído a Marx; anticomunista es aquel que lo

ha comprendido». Crecimos en nuestras cocinas y nuestros hijos crecieron en ellas junto a nosotros escuchando a Gálích y a Okudzhava. Y a Visotski. Sintonizábamos la BBC. Hablábamos de todo: de lo jodida que era nuestra vida, del sentido de la existencia, de la felicidad universal. Recuerdo un incidente muy gracioso... Una noche nos quedamos hasta las tantas charlando en la cocina y nuestra hija se durmió allí mismo, en un pequeño diván. Ya no recuerdo por qué, la discusión se volvió acalorada, subimos la voz y la pequeña despertó de repente y nos gritó: «¡Basta de hablar de política! Ya estáis otra vez con vuestros Sájarov, Solzhenitsin, Stalin...». (*Rié*).

Pasábamos horas bebiendo té, café, vodka. Y en los setenta bebíamos ron cubano. ¡Todos estábamos enamorados de Fidel! ¡De la Revolución cubana! El Che y su boina. ¡Todo un galán de Hollywood! Nuestra cháchara no tenía fin. Jamás nos abandonaba el miedo de que nos estuvieran escuchando, la virtual certeza de que lo hacían. No había conversación que no quedara interrumpida de repente cuando un interlocutor miraba una lámpara o un enchufe para preguntar con sorna: «¿Me escucha bien, camarada oficial?». La permanente sensación de estar corriendo un riesgo. Y era también una suerte de juego. Aquella vida hecha de mentiras nos complacía en cierto modo. El número de personas que se manifestaban abiertamente contra el Gobierno era insignificante. Los «disidentes de cocina» éramos muchos más y cruzábamos los dedos en los bolsillos para ahuyentar la mala suerte de ser descubiertos...



Ahora ser pobre o no lucir un cuerpo de gimnasio es algo vergonzoso... Te toman por un fracasado, vaya. Pero yo soy de la generación de los conserjes y los porteros. Era una suerte de mecanismo de exilio interior que teníamos antes. Así podías vivir sin reparar en lo que ocurría a tu alrededor, no veías el paisaje que se abría al otro lado de la ventana. Mi esposa y yo

nos graduamos en la Facultad de Filosofía de la Universidad de San Petersburgo (entonces Leningrado). Ella se buscó un empleo de conserje, mientras yo me procuraba uno de calderero en un cuarto de calderas. Trabajabas una jornada de veinticuatro horas completas y después librabas dos días. En aquellos tiempos un ingeniero ganaba ciento treinta rublos al mes, mientras que yo me sacaba noventa como calderero. Aceptabas sacrificar cuarenta rublos de salario a cambio de la libertad absoluta. Leíamos sin parar; lo leíamos todo. Y charlábamos. Creíamos estar generando ideas. Soñábamos con la revolución, pero temíamos no llegar a verla jamás. En resumidas cuentas, vivíamos encerrados en una cápsula, no sabíamos nada de lo que ocurría en el mundo. Éramos «plantas de interior». Nos habíamos hecho una idea de todo, del capitalismo, de Occidente, del pueblo ruso; y, como terminamos descubriendo más adelante, nuestra fantasía pecó de exceso. Alimentábamos espejismos. Jamás ha existido la Rusia de nuestras cocinas ni de los libros que leíamos. Esa Rusia sólo existía en nuestras mentes.

Todo eso acabó con la llegada de la perestroika... El capitalismo se nos echó encima. Mis noventa rublos se convirtieron en diez dólares y con ellos no había quien viviera. Abandonamos nuestras cocinas y salimos a la calle para descubrir que nuestras ideas no valían un céntimo. Nos habíamos pasado la vida hablando en las cocinas por gusto. De repente apareció gente muy distinta, jóvenes que lucían americanas color carmesí y sortijas de oro, y establecieron nuevas reglas de juego: si tienes dinero eres alguien; si no lo tienes, no eres nadie. ¿A quién le importaba que hubieras leído todo Hegel? La palabra *literato* sonaba como el diagnóstico de una enfermedad. Como si lo único que supieras hacer fuera andar por ahí con una antología de Mandelstam bajo el brazo. Descubrimos de repente muchas cosas que nos eran desconocidas. La *intelligentsia* se empobreció de manera vergonzosa. Los seguidores de Krishna montaban una

cocina de campaña los fines de semana en el parque al lado de casa y repartían sopa y algo sencillo como segundo plato. Ver la fila de ancianos de apariencia sofisticada que se formaba cada vez te encogía el corazón. Algunos ocultaban sus rostros. Por aquel entonces ya teníamos dos críos pequeños. Y pasábamos un hambre atroz. Mi mujer y yo decidimos dedicarnos a la venta callejera. Comprábamos cuatro o seis cajas de helados y nos íbamos a venderlo al mercado. Como no teníamos neveras, los helados se derretían en pocas horas y entonces los regalábamos a los chiquillos hambrientos. ¡Qué gusto daba hacerlo! Mi mujer se ocupaba de las ventas y yo de trajar la mercancía, de ir a buscarla en coche a la fábrica. ¡Hacía lo que fuera con tal de no tener que dedicarme yo mismo a la venta! El pesar que me produjo esa etapa de mi vida me acompañó durante largo tiempo.

Antes solía rememorar con frecuencia nuestra existencia «en las cocinas»... ¡Ah, el amor en esos tiempos! ¡Las mujeres! ¡Aquellas mujeres que despreciaban a los ricos! No era posible comprarlas. Pero ahora nadie tiene tiempo para los sentimientos, porque todo el mundo está ocupado ganando dinero. Para nosotros, el descubrimiento del dinero fue como la deflagración de una bomba atómica.

*De cómo nos enamoramos de Gorbi
y de cómo dejamos de quererlo*

Ah, los años de Gorbachov... Muchedumbres repletas de personas que sonreían sin parar. ¡La-li-ber-tad! Todos se llenaban los pulmones de ella. A los vendedores les arrancaban los periódicos de las manos. Eran tiempos de grandes anhelos: el paraíso estaba a la vuelta de la esquina. La democracia era un animal salvaje que nunca habíamos visto de cerca. Corríamos como locos a los mítines. Imaginábamos que conoceríamos de golpe toda la verdad sobre Stalin y el Gulag, leeríamos *Los hijos de Arbat*, de Ribakov, y otros libros es-

pléndidos que habían estado prohibidos, y nos convertiríamos en demócratas. ¡Qué equivocados estábamos! La verdad salía a borbotones de los aparatos de radio... ¡Corred! ¡Deprisa! ¡Leed! ¡Escuchad! Pero resultó que no todos estaban preparados para lo que se nos vino encima... La mayoría de personas no alimentaba sentimientos antisoviéticos y sólo deseaba vivir cómodamente: poder comprar tejanos, un reproductor de cintas de vídeo y, el colmo de todos los sueños, un automóvil. Todos ansiaban ropa de colores vivos y comida sabrosa. El día en que aparecí en casa con un ejemplar de *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsin, mi madre se horrorizó: «O sacas ahora mismo ese libro de esta casa o te echaré de aquí», me amenazó. A mi abuelo lo fusilaron antes de la guerra. Una vez le escuché estas palabras a mi abuela: «No siento pena por él. Hicieron bien arrestándolo. Tenía la lengua muy larga». «¿Cómo es que nunca me has contado la historia del abuelo?», le pregunté un día. «Prefiero llevarme mi vida a la tumba conmigo para que no la tengáis que sufrir vosotros», me respondió. Ésa fue la vida que les tocó a nuestros padres... Y a los suyos. Fueron víctimas de una apisonadora inclemente. La perestroika no fue obra del pueblo. La perestroika es la obra de un solo hombre: Gorbachov. Ayudado, eso sí, por un puñado de intelectuales...



Gorbachov es un agente secreto de los estadounidenses... Un masón... Traicionó al comunismo. ¡Mandó a los comunistas al basurero y al Komsomol a la chatarrería! Odio a Gorbachov, porque me robó la Patria. Conservo mi pasaporte soviético como el mayor de mis tesoros. Sí, es cierto que nos tirábamos horas haciendo cola para comprar pollos azulados y patatas podridas, pero teníamos una patria. Y yo la amaba. Vosotros vivíais en «un país del tercer mundo lleno de misiles», mientras que ¡yo vivía en un gran país! Occidente siempre ha considerado a Rusia un enemigo, y la teme.

Es un hueso que tiene atragantado. Nadie quiere una Rusia fuerte, sea con comunistas o sin ellos. Nos miran como a un almacén lleno de petróleo, gas, madera y metales preciosos. Y nosotros les cambiamos petróleo por bragas. Pero nosotros tuvimos una civilización sin trapos ni baratijas. ¡La civilización soviética! Algunos necesitaban destruirla. Fue una operación de la CIA. Ahora nos gobiernan los estadounidenses. Y bien que le llenaron los bolsillos a Gorbachov para que llegáramos a esto... Tarde o temprano, Gorbachov será juzgado. Espero que ese Judas viva lo suficiente como para conocer en sus propias carnes la ira del pueblo. Yo estaría encantado de pegarle un tiro en la nuca en el polígono de Bútovo. (*Da un puñetazo en la mesa*). ¿Con que ésta era la felicidad, eh? ¡Los embutidos y los plátanos! Estamos hundidos en la mierda y todo lo que comemos nos llega de fuera. La patria de antaño ha sido sustituida por un enorme supermercado. Si esto es lo que llaman libertad, yo no la quiero para nada. ¡Qué asco! No podíamos caer más bajo. Somos esclavos. ¡Sí, esclavos! Con los comunistas, las cocineras regían el Estado, como dijo Lenin. Mandaban los obreros, las ordeñadoras, las tejedoras... Ahora el Parlamento ha sido ocupado por bandidos, por millonarios en dólares. Deberían ocupar una celda en la cárcel y no un escaño en el Parlamento. ¡La dichosa perestroika fue una absoluta tomadura de pelo!

Yo nací en la URSS y me gustaba el país donde vivía. Mi padre, comunista, me enseñó las primeras letras sirviéndose de las páginas de *Pravda*. No nos perdíamos ni una sola manifestación en las fechas festivas. E íbamos a manifestarnos con los ojos llenos de lágrimas. Fui pionero y llevé la pañoleta roja. Pero entonces llegó Gorbachov y no tuve tiempo de ingresar en las Juventudes Comunistas. ¡Qué pena! ¿Que soy un *sovok*? Mis padres son unos anticuados, y mis abuelos también. Mi anticuado abuelo murió en la batalla de Moscú en 1941... Y mi anticuada abuela se incorporó a los partisanos. Pero parece que ahora conviene olvidar el pasado para

que los señores liberales se llenen los bolsillos. Quieren que convirtamos nuestro pasado en un agujero negro. Los odio a todos: a gorbachov, a shevardnadze, a yákovlev (escriba sus nombres sin las iniciales mayúsculas), ¡los odio a todos! No quiero que nuestro país siga los pasos de Estados Unidos. Yo lo que quiero es que regresemos a la URSS...



Fueron unos años espléndidos, los años de nuestra ingenuidad... A Gorbachov lo creímos. Ahora es más difícil que creamos a alguien. Muchos rusos volvieron desde el exilio... ¡Fue un subidón de entusiasmo! Creíamos poder echar abajo aquella barraca y construir algo nuevo. Yo acababa de graduarme en la Facultad de Filología de la Universidad Estatal de Moscú y empezaba el doctorado. Soñaba con una vida dedicada al conocimiento. El profesor Averintsev era nuestro ídolo entonces, todos los ilustrados de Moscú acudían a sus conferencias. Nos reuníamos a menudo y nos contagiábamos unos a otros la ilusión de que pronto tendríamos un país nuevo y de que estábamos luchando para lograrlo. Un día supe que una de mis compañeras de curso se marchaba a vivir a Israel y le pregunté atónita: «¿No te da pena marcharte precisamente ahora? Aquí estamos creando algo nuevo».

Cuanto más se hablaba de libertad, cuanto más escribíamos la palabra, más rápido desaparecían de los escaparates de los comercios el queso y la carne, la sal y el azúcar. Hasta que quedaron vacíos. Era terrible. Se restituyeron los talones de racionamiento, como en tiempos de la guerra. La abuela fue quien nos salvó, pasándose jornadas enteras pateando la ciudad para canjear los talones por comida. Teníamos el balcón repleto de detergente y en el dormitorio guardábamos sacos de azúcar y sémola de trigo. El día que nos dieron los talones para comprar calcetines, papá se echó a llorar. «Es el fin de la URSS», dijo. Lo presentía... Papá tenía dos títulos universitarios y trabajaba en el departamento

de investigación de una fábrica militar dedicada a la producción de cohetes y adoraba su trabajo. Tras el cambio, la fábrica dejó de producir cohetes y comenzó a fabricar lavadoras y aspiradoras. A papá lo echaron. Tanto él como mamá fueron fervientes partidarios de la perestroika, de los que hacían carteles y repartían octavillas llamando a la gente a los mítines... Y fíjate cómo acabaron. Estaban desconcertados. No podían creer que la libertad fuera aquello. Ni podían aceptarlo. Ya entonces se escuchaban otros gritos por las calles: «¡Fuera Gorbachov! ¡Apoyemos a Yeltsin!»». En los mítines mostraban carteles en los que aparecían Brézhnev con el pecho lleno de condecoraciones y Gorbachov con el traje cubierto de talones de racionamiento. Comenzaba el reinado de Yeltsin. Llegaron las reformas de Gaidar y esa fiebre de la compraventa que tanto detesto... Para conseguir algún dinero, viajé a Polonia cargada de bolsas llenas de bombillas y juguetes que revendí. El tren iba de bote en bote. Y los pasajeros, todos cargados de bolsas, como yo, eran maestros, ingenieros, médicos. Nos pasamos toda la noche en vela discutiendo *El doctor Zhivago*, de Pasternak, y las piezas teatrales de Shatrov. Como antes en nuestras cocinas de Moscú.

A veces pienso en mis compañeros de la universidad... Nos hemos convertido en cualquier cosa—altos ejecutivos de agencias de publicidad, empleados de banca, vendedores—; en cualquier cosa menos en filólogos... Yo trabajo en una agencia de bienes raíces cuya dueña es una señora que vino de provincias y antes trabajaba en el aparato de las Juventudes Comunistas. ¿Quiénes son hoy los dueños de las empresas y las villas en Chipre o Miami? Pues los antiguos dirigentes del Partido, los miembros de la Nomenklatura. Así que si a alguien le interesa rastrear el dinero del Partido, ya sabe dónde buscarlo... Los líderes soviéticos provenían de la generación de la década de 1960. Alcanzaron a sentir el intenso olor de la sangre de la guerra que libraron sus padres, pero fueron ingenuos como críos. Teníamos que haber

acampado día y noche en las plazas y llevar el proceso hasta el final: someter al Partido Comunista de la Unión Soviética a un proceso semejante al de Núremberg. Pero nos dispersamos y volvimos a nuestras casas demasiado pronto. Y los traficantes y los especuladores se hicieron con el poder. Ahora, en contra de lo que sostenía Marx, estamos construyendo el capitalismo tras salir del socialismo. (*Calla*). Pero estoy feliz de que me tocara vivir estos tiempos. ¡Cayó el comunismo! Y ya no volverá jamás. ¡Se terminó! Ahora habitamos otro mundo y lo vemos todo con ojos distintos. Jamás olvidaré los aires de libertad que soplaron entonces...

*Descubrí el amor mientras los tanques
pasaban bajo nuestras ventanas*

Yo estaba enamorada y no tenía cabeza para nada más. Vivía para ese amor y sólo para él. Una mañana mamá me despertó a gritos: «¡Hay tanques bajo nuestras ventanas! ¡Creo que es un golpe de Estado!». Protesté, medio dormida: «Serán maniobras, mamá». ¡Qué diablos! Lo que teníamos bajo las ventanas eran tanques de verdad; nunca los había visto tan de cerca. La televisión emitía *El lago de los cisnes*... Una amiga de mamá apareció en casa nerviosísima. Se lamentaba de haber dejado de pagar las cuotas al Partido desde hacía unos meses. Nos contó que había guardado en un trastero el busto de Lenin que tenían en el colegio donde trabajaba y ahora no sabía si debía devolverlo a su lugar. De repente todo era como antes y quedaba muy claro lo que estaba prohibido, que era todo. Un locutor leyó un comunicado donde se declaraba el estado de excepción. La amiga de mi madre soltaba un «¡Ay, Dios mío!» tras cada palabra y papá lanzaba escupitajos a la pantalla...

Telefoneé a Oleg: «¿Nos vamos a la Casa Blanca?»¹ le su-

¹ El Parlamento ruso.

gerí. «¡Vamos!», respondió. Me prendí a la blusa un distintivo con el retrato de Gorbachov. Preparé unos bocadillos. La gente iba muy callada en el metro. Todos esperaban una desgracia. Había tanques y más tanques por todas partes. En los carros blindados no se veía a asesinos, sino a muchos asustados con el sentimiento de culpa dibujado en los rostros. Las ancianas les alcanzaban huevos cocidos y *blinis*. ¡Me sentí muy reconfortada cuando avisté a las decenas de miles de personas reunidas frente a la Casa Blanca! Todos estaban muy animados. Aquel día nos sentíamos capaces de todo. A todo pulmón gritábamos: «¡Yeltsin! ¡Yeltsin! ¡Yeltsin!». Comenzaban a organizarse los destacamentos de autodefensa. Solo los jóvenes podían integrarlos y los mayores bufaban descontentos. Un anciano decía indignado: «¡A mí los comunistas me robaron la vida! ¡Dejadme al menos tener una muerte hermosa!». «Apártese, abuelo», le dijeron los encargados de la selección. Ahora dicen que acudimos allí a defender el capitalismo. ¡Mentira! Yo estaba defendiendo el socialismo, pero otro socialismo, que no fuera soviético. ¡Y vaya si lo defendí! Eso pensaba entonces. Eso pensábamos todos. Tres días más tarde los tanques se retiraron de Moscú. Ya eran tanques amables. ¡Habíamos vencido! Y nos besábamos y besábamos...

Estoy en la cocina de unos amigos de Moscú. Nos hemos reunido un buen puñado de personas: amigos, parientes llegados de provincia. Es la víspera del primer aniversario de la intenciona de golpe de Estado de agosto de 1991.

—Mañana será un día para celebrar...

—¿Y qué vamos a celebrar, exactamente? Esto es una tragedia. El pueblo perdió la partida.

—Al menos enterramos al país de los Soviets al son de la música de Chaikovski...